

Historias Partidas

Gustavo Ariel Schwartz

Después de lo de Ana se me dio por recorrer cementerios; por buscar entre los muertos un trozo de vida al que aferrarme. Desde entonces deambulo al azar por los cementerios de París leyendo epitafios e imaginando historias; historias que me permitan escapar de la mía, que me protejan, que no me dejen pensar; sin embargo no lo consigo, no logro olvidarme de mí; comience por donde comience siempre termino cayendo en mi propia historia, en esta historia. Comienzo a tirar del hilo, de una punta que apenas sobresale del ovillo, y resulta que al final del hilo, al final de los innumerables nudos, de las idas y venidas del hilo en el ovillo, siempre estoy yo; deshilachado, como corresponde a la punta del hilo.

Entré una mañana al cementerio de Montparnasse y comencé mi ya rutinario y errático paseo necrológico. Mi cabeza partida en mil pedazos se dedicaba a leer epitafios, a mantenerme en pie evitando árboles, pozos y turistas, y a pensar en Ana, en aquella Ana que probablemente ya no volvería a ver. Tristeza, frío, cansancio, angustia... en algún momento me senté, abatido, en un banco de madera; tardé un rato en reaccionar. En frente mío un enorme tilo que comenzaba a deshojarse protegía la lápida de Morelli; uno de los tantos escritores que como Sartre, Simone de Beauvoir o Baudelaire vagan de noche por este cementerio literario, por este cementerio de historias. El mármol blanco estaba vestido de notas, dibujos y mensajes que le dejaban sus más fieles seguidores; leí unos cuantos y los volví a colocar cuidadosamente, cada uno en su sitio. Los mensajes eran de lo más variado; desde cursilerías al estilo “*Te amo*” o “*Eres mi inspiración*” hasta largas cartas confesando grandes penas de amor, exilios o historias de brillantes carreras literarias injustamente truncadas. Pero lo que realmente llamó mi atención fue un trozo de papel amarillento, arrugado, colocado como con descuido; no podría explicarlo pero era como si ese trozo de

papel me hablara y me dijera “*léeme*”. Lo cogí con cuidado, como si fuese un incunable, lo desarrugué y lo leí. El trozo de papel parecía como arrancado de algún sitio; el texto no empezaba ni terminaba; la letra era apretada, casi ilegible, pero tenía un punto de seducción y misterio que invitaba a leer, a desvelar el mensaje; la nota ponía:

... ahí dentro entonces hay cosas que no son el hilo solamente, el ovillo no es un hilo arrollado sobre sí, dentro del mundo del ovillo entrevé ahora tu sorpresa cosas que no son hilo, ahora ya sabés que hilo más hilo no basta para dar ovillo...

¿Quién podía dejar un mensaje así? ¿Qué podía significar aquello? Pensé enseguida en el hilo de Ariadna, aquel que puede sacarnos del laberinto; o en el hilo conductor; el hilo conductor de nuestra vida, o de una historia. Y entonces volví a leer “*... hilo más hilo no basta para dar ovillo...*”. Y entonces me acordé de Ana, y de que el vínculo que habíamos tendido, ese hilo que creíamos indestructible, ya no existe. Es triste, muy triste, asistir a la lenta muerte de un hilo; ir viendo cómo incluso hasta el más fuerte se va deshilachando lentamente; un poco aquí, un poco allá; hasta que llega un día en que el más ligero roce, la más tenue brisa, lo hace añicos; y se acabó el hilo. Yo había perdido el hilo que me sacaría del laberinto; o peor aun, mi ovillo era demasiado pequeño y yo me había aventurado demasiado lejos. Estaba atrapado para siempre en ese laberinto de lápidas y muertos.

Miré que nadie me viera y guardé el trozo de papel en el bolsillo de la chaqueta donde mis dedos volvieron a toparse con la carta de Ana, con aquel salvavidas agujereado al que yo quería aferrarme para mantenerme a flote en medio de la nada. Me fui del cementerio pensando que en algún sentido todos somos un rejunte de partes, una especie de Frankenstein socialmente aceptado; estamos hechos de partes de otros, de partes de muertos que aun no se pudrieron, de experiencias olvidadas, de recuerdos inventados; jirones que vamos

incorporando a nuestra propia historia; a veces elegantemente; a veces como parches cosidos a la ropa para tapar los agujeros; y cada cosa que nos ocurre, cada acontecimiento, cada trampa del azar añade a nuestra vida un nuevo párrafo que debemos de algún modo acomodar en el relato de nuestra vida para que ésta tenga (parezca tener) algún sentido. Pero a veces ocurre que se nos pierden un par de líneas y tenemos entonces que reescribirnos parte de la historia; tardamos algún tiempo en lograrlo, en reacomodar el conjunto; a veces escribimos y borramos y volvemos a probar hasta que la historia, nuestra historia, queda más o menos como queríamos. A veces sucede que un viento feroz nos arranca un párrafo entero y entonces la cosa se complica; la historia ya no nos queda como queríamos. A mí... se me han perdido varias páginas de esta historia.

Volví al cementerio al día siguiente. Las hojas secas de los árboles comenzaban poco a poco a cubrir los senderos del cementerio; y mientras caminaba entre hojas muertas, que yacían a su vez entre otros muertos, volvía a invadirme esa insopportable sensación de que yo también me estaba deshojando; de que mis sueños e ilusiones se iban desprendiendo de mí; de que un otoño anticipado se había instalado en mi mente. Continué cavilando y caminando hasta llegar a la tumba de Morelli donde me esperaban el banco de madera, el tilo con sus hojas ocres y la lápida blanca tapizada de notas, flores y dibujos. Revisé con cuidado cada una de las notas; más o menos lo mismo del día anterior; nada que llamara mi atención. Me senté en el banco a descansar y me distraje mirando el cielo azul de otoño. El cielo frío de París estaba surcado por decenas de trazos blancos como estrellas fugaces en pleno día; un cielo arado por aviones. Aviones que sin saberlo llevan historias de aquí para allá; aviones como los que me han traído hasta aquí, persiguiendo en vano una historia rota por el tiempo.

Bajé la cabeza, volví a mirar la tumba... y entonces un escalofrío; y otra vez el papel amarillento (o quizás un poco ocre), arrugado, colocado como al descuido en un sitio distinto

al del día anterior, encima de otras dos notas. Miré hacia todos lados y no vi a nadie cerca; sólo una anciana que alimentaba a un par de gatos. Y entonces el desconcierto, y otra vez la mano extendida para coger el papel y desarrugarlo lentamente y confirmar que la letra era la misma y que alguien estaba dejando allí trozos de una historia; una historia rota que buscaba desesperadamente reencontrarse; o reescribirse; o quizás perderse para siempre entre lápidas y muertos. La nota ponía:

... la vida, como un comentario de otra cosa que no alcanzamos, y que está ahí al alcance del salto que no damos ...

¿*El salto que no damos?* pensé. Pero si salté un océano, salté el ecuador, salté tres fronteras, salté hambre y frío... y no conseguí nada; sólo más angustia y soledad. ¿*El salto que no damos?*... pero ¡por favor! Llevo doce mil kilómetros cayendo desde que decidí dar el salto; y ni siquiera consigo terminar de estrellarme. ¿*El salto que no damos?*... pero... Y así seguí durante varios minutos, indignado y molesto, convencido de que esas notas estaban destinadas a mí, de que eran una burla cínica y mordaz a mis decisiones, siempre equivocadas. ¿Cómo podían esas palabras escritas vaya a saber por quién reflejar tan bien lo que yo pensaba? O peor aún, lo que debía pensar. Y es que de cuando en cuando ocurría que las palabras de los muertos coincidían con lo que estaban pensando los vivos (si unos estaban vivos y los otros muertos). Es curioso, pero a veces pareciera que los muertos saben más de nosotros que nosotros mismos. Guardé otra vez la nota en el bolsillo de la chaqueta asegurándome de que nadie me viera y me fui del cementerio pensando en esa otra cosa que no alcanzamos y que está ahí, al alcance del salto que no damos.

Volví al cementerio cada día y allí estaba, cada día, mi trozo de historia, mi pequeña porción de historia; de aquella historia partida que misteriosamente alguien dejaba allí cada día; un trozo de papel amarillento (o a veces ocre) y arrugado que, intuía, formaba parte de una historia que yo podía reconstruir, que yo quería reconstruir; como si se tratara de armar un inmenso puzzle. Pensaba en ello todo el tiempo y mi obsesión era tal que comencé a visitar el cementerio a todas horas para ver si podía dar con la persona que dejaba esas notas. Sin embargo día tras día fracasaba en mi intento. El trozo de papel amarillento, mi pequeña porción de historia, aparecía allí, sobre el mármol, sin que tuviera ni la más remota idea de quién lo dejaba y por qué.

Pasaban los días y yo seguía acumulando trozos de aquella historia partida. ¿Cuántos pedazos componían la historia? ¿Llegaría algún día a completarla? ¿O tendría que llenar los vacíos con partes inventadas, con mentiras, con retorcidas elucubraciones? Cada trozo, cada nueva porción de texto, agregaba un rasgo nuevo y único a la imagen que yo me iba formando de lo que podría ser la historia; una historia que seguramente nunca llegaría a conocer de forma completa, pero que podría llegar a intuir hasta donde ella me lo permitiese, hasta toparme con ese misterio impenetrable que tienen algunas historias (y algunas mujeres). Y entonces el frío y un reflejo involuntario llevaron mis manos a refugiarse en los bolsillos de la chaqueta donde mis dedos volvieron a toparse con la carta de Ana que como un ancla descomunal, como un lastre infinito me tira hacia abajo, me retiene prisionero de esta historia que ya no sé si es (o si quiero que sea) la mía. Y entonces volver a pensar en Ana; en que nunca llegamos a conocer realmente a nadie, ni siquiera a la persona que amamos, ni siquiera a nosotros mismos. Nunca llegamos a conocer todos los detalles de una historia, de esta historia. ¿Quién es en realidad Ana? ¿Es aquella que se mareaba conmigo de placer? ¿O acaso la que ya no contestaba mis cartas? ¿La que se reía conmigo hasta ahogarnos de la risa? ¿Acaso la que se emborrachó de alegría cuando obtuvo la Madame Curie? ¿Cuántos papelitos

hacen falta para completar la historia? Sólo conocemos fotogramas, instantes, destellos de la vida de los otros; eso es todo lo que tenemos; pero no nos alcanza; el insoportable terror al vacío, el *horror vacui*, nos empuja a completar los huecos, a inventarnos la parte de la historia que no conocemos, a poner allí todos nuestros temores y nuestras ilusiones. Necesitamos completar la historia, necesitaba ponerle fin a esta historia.

Me planté un día en el cementerio antes de que abriera y decidí que iba a quedarme allí hasta que viera quien dejaba aquellos trozos de historia, de esta historia. Pasaron las horas, tres gatos, frío y un poco de ansiedad y desánimo. Pasaron algunas personas por delante de la tumba de Morelli dejando flores y notas, pero no aquella que yo esperaba tan ansiosamente. A pesar de que ya se me había hecho costumbre deambular por los cementerios, no dejaba de sorprenderme la cantidad de personas que visitan las tumbas de seres que les son totalmente ajenos. ¿Qué buscaban aquellas personas? ¿Qué buscaba yo? Quizás subirnos a los hombros de los muertos; quizás sólo subidos sobre una enorme montaña de desesperanzas, sueños rotos y desilusiones es que logramos ver un poco más allá de nuestras narices. Pareciera como si ciertos muertos fueran una especie de abono para el alma. Quizás nunca vuelva a ver a Ana; quizás no logre saber por qué me dejó; quizás tenga que inventarme parte de la historia; o quizás tenga que aprender a vivir con una historia partida, con la insoportable sensación de no saber exactamente cómo fue que ocurrieron las cosas. Quizás no sea tan terrible después de todo; quizás no importe.

En algún momento de la tarde que no podría precisar, yo miraba con desgano cómo una hormiga salía trabajosamente de debajo de unas piedritas que bordeaban la tumba de Morelli; la hormiga caminó la inmensa distancia de casi un metro que separa la tumba del enorme tilo y comenzó a subir por el tronco; luego se paseó por una de sus ramas y al pasar

cerca de una hoja seca, de un familiar tono ocre, ésta se desprendió y cayó, olvidándose para siempre del árbol; la hormiga se perdió detrás de la rama y yo me perdí en mis pensamientos. Cuado volví a bajar la vista observé absorto, con una mezcla a partes iguales de excitación, incertidumbre y temor, que sobre el mármol había aparecido una hoja color ocre, arrugada, colocada como al descuido; miré inmediatamente alrededor y no vi a nadie. Dudé un momento y luego cogí la hoja; la nota ponía:

... de cuando en cuando ocurría que las palabras de los muertos coincidían con lo que estaban pensando los vivos (si unos estaban vivos y los otros muertos)...

... si unos estaban vivos y los otros muertos, repetí lentamente. ¿Y si fuese eso? ¿Y si fuese simplemente eso? Me quedé un rato así, pensando. ¿Sería yo mismo algo más que un conjunto de notas (de amores, de ilusiones, de miserias) montadas con mayor o menor acierto? Y entonces mi rostro recordó, cómplice, aquella sonrisa que solía habitarlo. Sólo había que saber reescribir la historia. Me levanté del banco y comencé a caminar por los senderos cubiertos de hojas muertas. En algún momento, asegurándome de que no me diera cuenta, dejé caer como al pasar la carta de Ana y salí por fin del cementerio.

¿Y qué hacer ahora que esta historia está terminada? Quizás lo mejor sea romperla en mil pedazos y repartirla por los cementerios de París. Siempre habrá algún muerto agradecido de que de cuando en cuando lo que piensan los vivos coincida con lo que han escrito los muertos (si es que unos están muertos y los otros están vivos).

*Gustavo A. Schwartz
París, 18 de Agosto de 2007
San Sebastián, 17 de Junio de 2011*

*Este cuento pertenece al libro de relatos “El otro lado” publicado en Amazon.
Se autoriza su reproducción no-comercial siempre que se cite la autoría y la procedencia.*

gustavo.schwartz@csic.es
<http://cfm.ehu.es/schwartz/>
<http://gustavoarielschwartz.org>